

LA CASA

Para el Tano

«Tocar la casa, palpar sus paredes, sus puertas, sus ventanas, sus pestillos, contar sus escalones, abrir sus armarios, todo eso era mi forma de poseerla».

Mario Benedetti, *La borra del café*.

Acababa de pasar el cartel verde que indicaba la salida hacia General Rodríguez así que la próxima bajada de la ruta sería en Luján. Sintió hambre. Se paró en una de la parrillas endebles que adornan las banquinas y se compró un choripán. Volvió al auto, pegó la vuelta y salió nuevamente a la ruta. Un auto rojo lo pasó, por la derecha, a ciento treinta kilómetros por hora y un pelotón de bicicletas de carrera lo saludó desde la izquierda. Llegó a la rotonda y tomó la curva que lo dejaría de frente a la Basílica, desde allí eran todavía unos kilómetros más. Se había terminado el sandwich y tenía sed. Entró en Luján para comprarse una bebida. No tenía apuro, si quería podía sentarse en algún restaurant, almorzar como Dios manda y luego, seguir. Prefirió comprar una lata de gaseosa y seguir.

Ahora, entendía la muerte o, por lo menos, ya no le tenía miedo. La había sentido, agazapada en un rincón no muy lejos, disfrazada de preinfarto o de infarto (lo mismo daba). Había escuchado su grito de victoria irreversible sobre la materia viva, en el silencio de la madrugada. Había visto cómo la muy indiferente dejaba caer su peso inmemorial sobre los hombros gastados de su padre y cómo su padre se desmoronaba, vencido, sobre las baldosas del comedor... porque no podía o no quería luchar contra ella. Ya no podía preguntarle para saber.

Cruzó el puente sobre el río Luján. Olor a asado y reflejos de cañas de pescar se mezclaron en su propia maraña de imágenes rescatadas de un sueño que había tenido la noche anterior.

Pasó el barrio de las Casuarinas. Prestó atención a la arboleda, la nueva que intentaba emular a la vieja, la vieja que parecía cansada de crecer. Buscó, a la derecha, la fábrica de ladrillos cuyo dueño le había comprado uno de los lotes pero encontró un aserradero muy bien instalado, con un gran edificio colonial al costado que parecían las oficinas. Siguió un poco más.

Ya no podía preguntarle para saber si en el instante anterior a que la muerte nos acaricie, uno revisa la vida con desesperación en el último intento de aferrarse a lo conocido o si no se siente nada, sólo un dolor agudo en el pecho. Para saber si uno se lleva el recuerdo de algún nombre, de algún encuentro o desencuentro y de tantas treguas sin aliento. O tal vez, uno entre absolutamente despojado a ese agujero negro de lo que fue, hasta ese momento, su universo.

Pero ya no está. Al viejo lo enterramos el mismo sábado a la tarde. No le avisamos a casi nadie. Estábamos solos en el cementerio, rodeados de otras tumbas. Me parecía un sueño. Me dio miedo pensar que el actor de esa película era yo. Había sol esa tarde.

Toda la resolana pegaba de frente en el vidrio. Se puso los anteojos oscuros. Para ver o para no ver. Buscó la entrada de tierra. Las huellas estaban secas. Puso el guiño y dobló.

Si el viejo supiera, se enfurecería porque hubiera preferido que hiciera esto de otra manera o mejor dicho que lo hubiera hecho hace tiempo. Pero no tuvo fuerzas. La vieja estaba de acuerdo con él pero se bancó mi decisión. Después de todo, lo manejaba yo. Tuve un rato para pensar, para darme cuenta de que ya no está y de que guardar esta casa por los siglos de los siglos no me va a devolver al viejo. Pero antes de entregarla, quería entrar por última vez.

Buscó el llavero que tenía todavía las iniciales del viejo grabadas en una medalla de plata y abrió la puerta del costado. Revisó la instalación eléctrica y prendió las luces. Fue hasta la pieza, la de él, y después hasta la del viejo. Estaban vacías y sucias.

Habría que limpiar toda la casa antes de transferirla a los nuevos dueños. Huele a humedad.

Se sentó en un rincón del pasillo, con las piernas cruzadas y cerró los ojos.

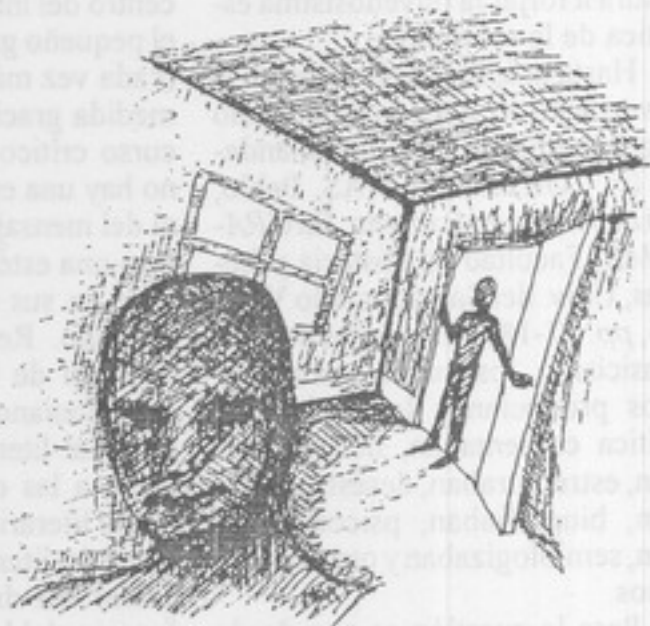
Está frío el piso. Esta casa siempre fue fresca en verano. Aquel verano hizo un calor insoportable. Por eso el viejo se levantó a buscar agua. Me acuerdo de esa noche, nos habíamos quedado charlando en el patio hasta tarde. Y me despertó el ruido de vidrios rotos. No sabía si el vaso se había estrellado en el sueño o en la vida. Y fue en la vida, la vida del viejo que se acabó

contra el piso de la cocina. El resto de las imágenes siempre se pierden cuando quiero acordarme de lo que pasó. Nadie pudo pegar los pedacitos, el viejo se había muerto.

Se quedó un rato mirando hacia el comedor. Tembló de frío, aunque hacía calor. Se levantó y acarició las paredes, el marco de la ventana, el picaporte ...esperando que el polvo que se le pegaba en los dedos le calmara este dolor tan hondo.

Tal vez, cuando entregue la casa y las llaves... con llavero y todo, pueda olvidarme. El viejo no era muy demostrativo, nunca me dio un buen abrazo, y ahora ya no puedo pedirselo...

Caminó hasta la pared del fondo con las llaves en la mano. Cortó nuevamente la luz y abrió la puerta. Buscó los anteojos de sol en el bolsillo de atrás del jean pero habían quedado en la guantera del auto. Todo el sol de la media tarde le entró de repente en los ojos y lloró.



Mariana Elola